

Marina Gasparini Lagrange **Laberinto veneciano**

Candaya Abierta 3
ISBN: 978-84-937077-8-1
128 págs.; 21x14 cm
PVP 14 €



LA OBRA: LABERINTO VENECIANO

Laberinto veneciano es una invitación a descubrir la Venecia más misteriosa y secreta, aquella que vive tras el Gran Canal y sus palacios. Convencida de que hay que aprender a caminar para llegar a ninguna parte, Marina Gasparini nos ofrecerá un itinerario fuera de programa, jalonado por la belleza de lo discreto y de lo mínimo: los ecos de la campana Marangona, el olor de las algas marinas cuando se hielan, una hornacina con una virgen de cabellos enredados, el león alado de San Marcos... A todo ello se sumará el acercamiento a algunos de los cuadros, grabados y esculturas que pueblan esta ciudad de imágenes -las *Carceri* de Piranesi, "Orfeo y Eurídice" de Canova, "El joven de la *Accademia*" de Lorenzo Lotto...- y la mirada de algunos visitantes que, como Joseph Brodsky, Marcel Proust o María Zambrano, recorrieron y meditaron la ciudad de las calles de agua...

En *Laberinto veneciano* la observación estética se une a la psicológica o moral, por lo que de la contemplación puntual de una imagen surgen relaciones que llevan a reflexiones sobre la pérdida, el abandono, la *pietas*, la memoria, la experiencia mística o la poesía. Y es que en *Laberinto veneciano* Marina Gasparini Lagrange da forma no sólo al laberinto que Venecia exhibe en su singular arquitectura, sino a aquel otro laberinto que muy dentro de ella le suscita la ciudad y por el que el lector sólo se podrá desplazar desde la complicidad.

LA AUTORA: MARINA GASPARINI LAGRANGE



Marina Gasparini Lagrange (Caracas, 1955) vive en Italia desde el año 2000, fecha en que fija su residencia en Venecia.

Es licenciada en Literatura por la Universidad Central de Venezuela. Precisamente en la Escuela de Letras de esta *esta* universidad dicta, entre los años 1989 y 2000, la cátedra *Necesidades Expresivas* para la cual prepara una decena de cursos que se convirtieron en una erudita y sugerente aventura por

los territorios confluyentes de la literatura y el arte.

Su obra ensayística ha sido editada en publicaciones periódicas de literatura y psicología analítica en Venezuela, Colombia, Inglaterra e Italia. (Fotografía de Lisbeth Salas).

DE *LABERINTO VENECIANO* SE HA ESCRITO:

Un romanzo che affascina, raffinato ed insolito quello di Marina Gasparini Lagrange: *Labirinto veneziano*, ci mostra il volto nuovo e meno noto di una Venezia antica e ricca di storia. Il suo viaggio tra le vie veneziane è per chi legge una continua ricerca di se stessi, un percorso interessante che dà la possibilità di riflettere su ciò che siamo, cercando di svelare il lato misterioso del nostro essere. **Ghita Montalto, Il recensore.com.**

ALGUNOS FRAGMENTOS DE *LABERINTO VENECIANO*

I

Una noche de verano caminaba por calles que no sabía adónde me conducirían. Una secuencia inusual de *sotoporteghi*¹ dejaba en mí la reiterada sensación de estar atravesando espacios desconocidos. La poca altura de los *sotoporteghi* me hacía bajar la cabeza con el reverente gesto ritual que acompaña y antecede la entrada a un recinto sagrado. La luz tenue de faroles aislados cubría de sombras la humedad que pendía del aire. Nada reconocía en esos callejones de penumbra suspendida. Las calles en su estrechez comprimían mis pasos. Caminaba entre muros de friso quebrado. Ante mí una bifurcación, crucé a la izquierda. Sólo la luz proveniente de una ventana dejaba reflejos en la oscuridad. Al final de la calle, el agua de un canal bordeaba los muros con el rumor pausado de la marea. Desanduve las piedras apenas holladas y en la esquina tomé la calle de la derecha. Las campanas sonaron doce veces. El eco de las campanadas me hizo dirigir la mirada hacia una hornacina hendida en el muro; en su interior una virgen, una vela con pilas y un pequeño florero con tulipanes de plástico. Un puente apareció ante mí. El bochorno de la noche le había robado su reflejo en el agua. Todo era penumbra y silencio. Ninguna

paloma insomne surcaba el aire de los callejones alzando vuelo. Ante mí un nuevo *sotoportego*. Poco tiempo después, y sin saber cómo, una calle se abrió inesperadamente a los árboles y a la iglesia de San Giacomo dall'Orio. Entonces me percaté de la presencia de tres figuras surcando el campo². Eran sombras evanescentes perdiéndose en la distancia.

A la mañana siguiente deambulé infructuosamente buscando las calles por las que había caminado la noche anterior. Daba vueltas equivocando el rumbo cada tres pasos. Caminé en sentido contrario sin encontrar la pequeña hornacina ni la secuencia de *sotoporteghi*. Venecia de nuevo me dejaba con el silencio en que nos sume la conciencia del misterio. Las calles habían desaparecido en la confusión de su trazado. Meses después una penumbra fuera del tiempo acompañada de un sigilo sin aliento, me permitieron reconocer el lugar ante el que había inclinado la cabeza en repetido gesto. Era el laberinto. El mío. Habría de recorrerlo de nuevo. Siempre de nuevo. *Venecia, toda Venecia, es para mí un enigma que se deja ver, un laberinto que se aparece y que no hay que esforzarse por buscar, porque si se lo busca no se encuentra jamás.*³ (continúa).

Notas:

1 *Sotoportego* o *sotoportego* en dialecto veneziano es un pasaje cubierto entre la construcción de dos edificios. Al atravesarlo se tiene la sensación de estar dentro de un túnel en el que se ve la luz de la entrada y de la salida.

2 En Venecia los *campi* son espacios abiertos similares a las plazas. Plaza sólo hay una en Venecia: Plaza San Marco.

3 María Zambrano, *Algunos lugares de la pintura*, Espasa-Calpe, Madrid, 1989, p. 132.

III

En los últimos años de su vida, la paleta de Tiziano se oscurece. Sus colores poco recuerdan los tonos luminosos heredados de Giovanni Bellini y de Giorgione. En su larga y prolongada vejez, el colorido de sus cuadros está más acorde con una interioridad que oscurece lo representado. Las figuras de los últimos cuadros de Tiziano están en un espacio en el que parece faltar el aire. Una atmósfera enrarecida y tormentosa es el tras-fondo de sus últimas obras. Tiziano, pasados los ochenta años, se autorretrata y se introduce en esas imágenes que nos dicen de tragedia y de piedad. Desde una noche sin día, Tiziano pinta sus últimas obras. Su pincel es como aquella antorcha que en medio de la noche vio el vigía desde la torre del palacio de Agamenón: la tragedia que se anuncia es la que ya ha llegado. Ante esta contundencia, sólo queda arrodillarnos, como suplicantes, junto al pintor, en su imagen última: "La Pietà" (1576). Aquí, María Magdalena parece vislumbra, con su gestualidad aterrorizada y extrema, las dimensiones trágicas de la escena que presenciamos. Este cuadro que Tiziano pintó para su tumba, prolonga la tristeza y pesadumbre que poco antes expresara en "El desollamiento de Marsias" (1570-1575), que no es obra de encargo y que, junto a "La Pietà", fue encontrado en el taller del pintor después de su muerte. El 27 de Agosto de 1576 Tiziano muere a causa de la peste que, por largos meses, se había residenciado en Venecia. El nombre del pintor se suma a la larga lista de muertos.

En su vejez, Tiziano se incorpora, una y otra vez, en las escenas que pinta. Sus rasgos son los del viejo que, de perfil, acompaña a las otras dos figuras en la llamada "Alegoría de la Prudencia" o "Las tres edades de la vida" (1570), sus facciones son las del despojado "San Gerónimo" (1570-1575) y de rodillas está ante la madre que en su regazo carga el cuerpo muerto de su hijo. Pero es su autorretrato en "El desollamiento de Marsias" el que más perturba. Tiziano altera la versión del mito, y acompaña a Marsias en su muerte. (continúa).